

Sigmund Freud (1856-1939) me ha inquietado

Octavi Fullat Genís

Catedrático de Filosofía de la Educación
de la Universitat Autònoma de Barcelona

Ignoro por qué razón o motivo histórico la letra F camina después de la letra D en nuestro alfabeto. No deja de ser un dato curioso. Pero el caso es, precisamente, que el orden alfabético me ha colocado a Freud a continuación de Descartes. Si éste representa a la luz del amanecer, el moravo-austríaco Freud encarna a la luz del atardecer. Mientras Descartes defendió la claridad de la conciencia, Freud ha propugnado la lobreguez del inconsciente. ¿Quién de los dos anda en lo cierto o por lo menos avanza por la vereda más presumible o creíble?. El ser humano ¿es bestia nocturna o, por el contrario, animal diurno?. El filósofo, según Hegel, algo tiene de lechuza: *levanta el vuelo al llegar la noche*.

Regreso a lo del alfabeto. Recorrí las ruinas de Ugarit —actualmente Ras Shamra, en Siria—, acompañado de Profesores de Historia de la Universitat de Barcelona, en época del dictador moro Hafez Al-Assad —1928-2000—; su hijo Bachar Al-Assad, también del partido Baas, no estaba todavía sentado en el trono de la represión. Las dictaduras tienden a perpetuarse biológicamente como los reyes. Así el caradura comunista Kim Ilson —1912-1944—, de Corea del Norte, dejó en herencia el país, desolado económicamente, a su hijo Kim Chongil, quien aun poniendo cara de idiota prosigue con la dictadura de la izquierda comunista. No sólo Hitler, Mussolini, Salazar y Franco han sido tiranos, igualmente han practicado este sadismo las izquierdas comunistas: Lenin, Stalin, Pol Pot, Enver Hoxha o bien el divino Fidel Castro, un gran gimnasta que apareció en la pantallita en pijama para practicar acrobacias ridículas.

El Tell de Ras Shamra lo descubrió un campesino mientras araba su campo en 1929. Se trata de una cabeza de tierra situada sobre el mar que encierra diversos estratos arqueológicos siendo los más antiguos los del VII milenio a.C.. Egipcios e hititas codiciaron el lugar. Me interesó la capa de los siglos XIV y XIII a.C. con sus archivos que atestiguan una actividad cultural notable. En este punto se halló un alfabeto —el primero de momento— del cual provienen tanto el abecé griego como el latino. La pequeña pieza que contiene los signos de este primer alfabeto, llamado fenicio, la admiré en el Museo Antropológico de Damasco. Primero: Descartes. Después: Freud.

Contraste deslumbrante, seductor. Yo vivía según la herencia platónico-aristotélica —el *animal rationale*— y Descartes se situaba en ella, pero he aquí que Freud me propinó un sopapo terrible: tú eres, me soltó, una variable dependiente del inconsciente. Quedé anonadado.

Tal como le ocurrió a Sócrates, a mí me ha seducido el *ánthropos* y no el *kosmos* o la *Physis*, negocio que inquietó a los presocráticos, a Tales, a Anaximandro, a Anaxímenes o a Parménides y a Heráclito entre otros.

Desde siempre lo mío ha sido el *ánthropos*, el ser humano, y no en el sentido de *aner* —*andros*— opuesto a fémica. Y ¿qué, del *anthropos*, me cautivó? su *logos*. Este, el *logos*, del verbo *legein*, hablar, significó al principio *palabra*; ahora bien, aquel que habla expresa un pensamiento. El *logos* nos da a entender lo que las cosas son. Y me decía: el ser humano es sorprendente mientras las bestias andan encorsetadas por las cosas entre las que se mueven.

Los latinos tradujeron *logos* con el término *ratio* que proviene del verbo *reor*, calcular. Agustín de Tagaste distinguió dos flexiones semánticas de *ratio*: la razón que se orienta dentro de lo temporal y la razón que vive de contemplar la verdad inmutable. El vocablo *ratio* en este segundo uso lingüístico pasó a ser *intellectus*, o sea *intus-legere*, agarrar con la mente la realidad íntima de una cosa. Yo era un animal, de acuerdo; ahora bien, consistía en animal racional. Esto me henchía de contento.

Tanto Platón con su concepto de *episteme*, que es un saber el mundo de lo esencial —*eidos*, esencia—, como Aristóteles quien entiende *episteme* como un saber lo universal y necesario, me concretaban el *logos*. La *episteme* no apunta a la simple noticia de algo, de alguna cosa, sino al saber de su interna estructura o articulación constitutiva. La *episteme* no es *doxa* u opinión. Esta me producía inquietud y cuando me hablaban de *orthodoxa* —ortodoxia— descubría ya en este concepto el resultado del caradura y golfo; vamos, del dictador por muy Papa que fuera.

Aristóteles se valió de la dicción *nous* —intelección—, derivada del verbo *noein* —acto de pensar—, para designar a un conocimiento que reposa sobre la necesidad apodíctica produciendo un modo de saber que resulta inconmutable. Los latinos tradujeron *nous* con la palabra *spiritus* o bien *intellectus*. El mismo Aristóteles se sirve además de *sophía* —en latín *sapientia*— a fin de apuntar a un saber que consiste a la vez en visión de los principios y de la necesidad de la ciencia apodíctica que de ellos se deriva.

Me encontraba yo sumergido en la racionalidad del *ánthropos* según los clásicos hasta el día en que Freud vino para soltarme: tú no estás sumergido en la racionalidad, tú andas anegado, tú has naufragado tomando por verdadero lo que sólo es engaño y estafa.

Pero mientras Freud no se presentó creí en el valor de la conciencia, o apercepción, como aporto donde agarrarme con absoluta certidumbre. El griego utilizó la voz *alétheia* para designar a la *veritas*, a la verdad. *Alethes* fue lo incontestable, bien en la esfera de los hechos, bien en el ámbito de los discursos. Yo habitaba en la verdad. El ser humano es animal racional. Esto, con todo, fue así hasta el momento en que leí a Heidegger —*Sein und Zeit*—. Confieso que fue una leída penosa, doliente por difícil, pero atisbé que el pensador alemán volvía a la *alétheia* griega, a la verdad como desocultación. Ahora *Wahrheit* —verdad— era el esclarecimiento del “Ahí” —del *Da* del *Da-sein* o “Ahí-del-Ser” — a base de meditar la temporalidad extática partiendo del claro —claro de un bosque— del Ser mismo. La cosa se ponía fea de tan enrevesada, pero más trágico fue con Freud. Al fin y al cabo con Heidegger me hallaba en el vientre de la filosofía y a ésta le compete conquistar su propio objeto frente a la ciencia, la cual consiste en conocimiento que estudia un objeto que ya está ahí, delante. Descartes me había asegurado que la conciencia clarividente —apercepción— es la condición necesaria de toda representación. Inclusive la duda es duda en y para una conciencia que se da cuenta de ella. Aquello que hacemos merece ser llamado humano en la medida en que es sabido, en la medida en que se disfruta de certeza y no, por cierto, de realidad; como afirmaba Descartes, los procesos del conocimiento son los procesos de lo real. Un autómatas, asegurará este filósofo francés, no piensa lo que dice, por tal razón hay que programarlo —caso de la informática—. La lengua alemana con mayor precisión distingue entre *Bewusstsein* —conciencia como autopercepción— y *Gewissen* —conciencia moral—. La conciencia como autopercepción no es fenómeno alguno, sino condición de que aparezcan fenómenos. Husserl añadirá que la ciencia posee significación solamente para una conciencia. Si el ser humano fuera una cosa más entre las cosas no podría conocer ninguna, ha sostenido Merleau-Ponty. Al hombre las cosas le quedan propuestas y no sólo puestas delante. Gracias a esto Galileo pudo tener una visión matemática del mundo.

Conciencia en latín fue *conscientia* y designó desde Cicerón al conocimiento reflejo.

Homo no fue lo mismo que *vir* —varón—; pues bien, soy *homo* y no *fera*. Ésta es irracional. La *humanitas* era la cualidad del hombre, la *paideia* griega, la cual significó cultura del espíritu y civilidad. Así me lo enseñó Cicerón —106-43 a.C. — en su *De Re publica* —Libro II— que leí en mis años de estudios para escolapio. Poseo *anima*; es decir, facultad de inteligencia y de razonamiento. *Anima* tradujo el griego *psykhé*. El alma goza de la capacidad de no dejar nada en el olvido, que esto fue precisamente *alétheia* en lengua griega. En hebreo el vocablo *aman* designó a aquello que es de fiar; de aquí “amén”. Verdad como confianza. ¡Confío en ti, Señor!. Verdad existencial.

El ser humano es animal racional. Con tal persuasión emprendí el camino de la vida. ¿Y el *soma*, el *zoé* y la *sarx*? pues a contenerlos y domarlos. La zona racional tendrá a raya a lo bestial —ascética— a menos que uno se inscriba en la Escuela de Epikouros —Epicuro quien vivió entre el 341 y el 270—. Este pensador helénico sostuvo que el *agathon proton kai sungenikon* —“El primer bien y connatural” — no es otro que la *hedoné*, el placer. Pero habíanme garantizado que tales autores erraban y que había que hacer caso de Platón y de Aristóteles. Me lo creí.

Poco a poco se me insinuaba, con todo, que el ser humano no es totalmente racionalidad, sino que consiste a la vez y originariamente en opacidad y también en transparencia. Un texto de Baudelaire —1821-1867— bailó durante cierto tiempo en la cabeza, texto que comprende al hombre a modo de unidad misteriosa:

*Célébrant la ténébreuse et profonde unité,
vaste comme la nuit et comme la clarté.*

En la misma línea me impresionaron unas palabras de Paul Verlaine —1844-1896— quien refiriéndose al ser humano escribe que éste es:

la chanson grise où l'Indécis au Précis se joint.

Pero, al fin y al cabo se trataba de poetas los cuales para mi formación de entonces eran simple pasatiempo. No había estudiado todavía al Maestro Eckhart. Los procesos por los cuales uno se hace cargo del mundo y del hombre son complejos y evolutivos. A los surrealistas no los había todavía tomado en serio; de lo contrario

André Breton —1896-1966— me hubiera llamado la atención con el cartelito que colocaba cuando iba a dormir; decía éste:

Le poete travaille.

El *Traumdeutung* de Freud a la vista. ¿Por qué no me había tomado en serio, por otra parte, a los clásicos griegos y latinos con sus *eros* —*libido, amor, cupiditas*—, *hedoné* —*voluptas*— y *pathos* —*passio, perturbatio*—?. Cosa difícil es romper el esquema con el cual uno se hace habitualmente con lo real. Los esquemas mentales nos tienen; somos esclavos suyos.

Ya en Moyá iniciando los estudios para escolapio —año 1943— entré en contacto con las literaturas griega y latina, con la *Odisea* y con la *Eneida*. Existe el mundo subterráneo de los Infiernos además del de la luz. Prefiguración poética de los estudios de Freud. El Aqueronte es el río que tenían que atravesar las almas a fin de ingresar en el Imperio de los Muertos. Caronte era el nombre del muy feo viejo, de barba hirsuta y gris, que ayudaba a las almas a atravesar el río Aqueronte después de que éstas le pagaran un óbulo y siendo ellas mismas las que remaban. El Caronte de la cultura etrusca, por su parte, fue el *Demonio de la muerte*, aquél que proporcionaba al moribundo el último golpe mortal a fin de llevárselo a la esfera subterránea. Sí, claro; me lo tomé como fantasías literarias en vez de descubrir en estas mitologías la autopercepción antropológica que entiende al hombre como algo más que claridad. Constituyó un error. Pero, ¿qué es una biografía sino un rosario de desatinos y de pifias?.

Sin casi apercibirme de ello la *conciencia cartesiana* me condujo paso a paso al existencialismo. ¿Cómo? si la conciencia es la medida, el *metron*, de todo, el absolutismo del yo y sus apercepciones es cosa hecha. El laberinto de Kafka —leí *Metamorfosis* de 1915; *El Proceso* de 1925 y *El Castillo* de 1926— carece de puerta de salida: no puede uno abandonar a su yo consciente e ir al exterior. Fue cosa fácil y cómoda saltar al absurdo de Sartre quien en *La Nausée* —1938— escribió:

Tout existant naît sans raison, se prolonge par faiblesse et meurt par recontre.

El fracaso existencial fundamenta a la filosofía de Jaspers —su *Philosophie* de 1932 me impresionó— así como la trascendencia inútil del ser —“*Sein zum Tode*” —

de Heidegger —1889-1976— sirve para inteligir a éste. A Kierkegaard —1813-1855— lo estudié más tarde aunque hubiera que haberlo hecho con anterioridad; una frase de su *Diario* me dejó atónito. Fue la siguiente:

La angustia es el primer reflejo de la posibilidad.

Otro enunciado de Kierkegaard me hizo sufrir. Está sacado del *Tratado de la Desesperación* y puede traducirse así:

La desesperación constituye una categoría del espíritu y se aplica en el caso del ser humano en su relación con la Eternidad.

Freud llegó más tarde en mis lecturas reflexivas. Uno diría que ya tenía que estar preparado pero no fue así. El existencialismo, al fin y al cabo, constituía un objeto de estudio mientras Freud me agarraría por dentro. Había considerado, faltaba más, el *Libro de Job*, pongo por caso su expresión: *Hablaré desde la angustia de mi corazón* — 7, 11—, pero era cuestión siempre de realidades exteriores a mi consideración. Freud me diría por qué padecía yo dicha consideración. Gravísimo. Dostoievski habíame mostrado que la angustia configura la dimensión profunda de lo humano, pero no me quedaba diáfano que yo fuera un animal desrazonado y que mi biografía entera pendía de la sinrazón del inconsciente.

A Sigmund Freud lo estudié sistemáticamente durante años. Habíame hipnotizado. El hombre no es un consciente, sino un inconsciente que funciona mecánicamente. Ni alma ni libertad. En dos ocasiones visité su despacho de Viena. Era como espiarle en su labor terapéutica. El *Vocabulaire de la Psychanalyse* de Laplanche y de Pontalis me ha sido de gran utilidad así como *Las Obras completas* de Freud, de Editorial Biblioteca Nueva, en lengua castellana y *OEuvres complètes* en francés, de ediciones P.U.F.. No podía fiarme de mi alemán aunque en varias ocasiones me fui al *Gesammelte Werke* en lengua alemana. No han faltado tampoco visitas, para deshacer dudas de interpretación, a la *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*.

Hegel con *Phänomenologie des Geistes* —1807— privilegia todavía a la conciencia entendida, esto sí, a modo de exigencia evolutiva de racionalidad. No es cuestión, pues, ni de tu conciencia ni tampoco de la mía. La Conciencia, o Espíritu, en

boca de Hegel constituye una conquista, jamás finalizada y siempre a rehacer. Con todo, lo racional es todavía lo primordial. Freud se servirá de la razón pero únicamente como manera de llegar al inconsciente; el intelectualismo es método, pero el fondo, lo objetivo, es irracionalismo compacto. La ley del día vale solamente para llegar a la pasión de la noche, que es lo realmente serio y de bulto.

En *Introducción al Psicoanálisis* Freud nos describe de qué modo alcanza al inconsciente:

Cuantas veces me he encontrado con un síntoma neurótico me he visto forzado a tener que admitir la existencia, en el enfermo, de procesos inconscientes que contienen el sentido de dicho síntoma.

Y ¿por qué ciertos recuerdos no llegan al plano de la conciencia quedando retenidos en el inconsciente?. Responde en *Cinco lecciones sobre el Psicoanálisis*:

Los recuerdos olvidados no se han perdido... Existe una fuerza que les impide llegar a ser conscientes... Tal fuerza, que mantiene el estado mórbido del enfermo, no es otra que la resistencia que ejerce el mismo enfermo.

Pero ¿qué es esta realidad psíquica a la que no se le permite llegar hasta la luz de la conciencia?:

El deseo reprimido continúa en el inconsciente... Llega por fin a la luz, pero disfrazado de tal manera que no se le puede reconocer.

Sueños y neurosis son disfraces o sustitutos del deseo reprimido.

Freud explica en *Interpretación de los sueños* —*Traumdeutung*— el análisis que permite transitar del síntoma neurótico y del sueño hasta las realidades latentes o reprimidas:

Es necesario averiguar las relaciones que se establecen entre el contenido manifiesto —neurosis o sueño— y los pensamientos latentes —los reprimidos—.

La indagación que durante años realicé de la obra de Freud produjo en mí una metanoia, un cambio radical de concepción antropológica. No la razón, sino la sinrazón da cuenta del fenómeno humano. Transitar de Descartes a Freud es realizar a la inversa lo que Platón narra en el Libro VII de *Politeía e Peri dikaiou* —*República*— acerca de unos encadenados en la caverna lóbrega y privada de luz que finalmente, una vez liberados, salen a la luz del día. Yo transité de la luz de antes —el paradigma racional— a la oscuridad de ahora —el paradigma psicoanalítico—. De la iluminación de la conciencia a las sombras del inconsciente siendo lo consciente una vulgar trampa o engaño. Sería algo así como pasar del cuadro *La familia de Carlos IV* de Goya —1746-1828— a su *Patio de los locos* o a su *Entierro de la sardina*. De la luz a la caverna. También Ulises, el de la *Odyseia*, u *Odisea*, de Homero —siglo IX a.C. —, desciende a los infiernos, a la mansión de Hades o Haides, a lo invisible. Hades, señor de los muertos, reina en las sombras tal como Zeus reina en el cielo y Poseidón en el mar. El canto XI de la *Odisea* narra la aproximación de Ulises al mundo de los muertos, entre los cuales está su madre, la sombra de su madre *Anticlea*. Tanto Virgilio como Dante llevaron a cabo después un tratamiento más personal del tema del descenso a los infiernos o a aquello que se encuentra debajo ya que hacia abajo cae todo lo muerto. Morir es caer. Los infiernos fueron la imagen colectiva de cuanto existió y ya ha dejado de existir. Los muertos han perdido toda relación con el mundo de los vivos. La muerte queda definida por todo aquello que le falta. Pues bien; el inconsciente de Freud es la esfera de los infiernos. Y me sentí cuestionado como Ulises por parte de la *sombra* de Tiresias:

¿Cómo tú, ¡desdichado!, dejando la luz de tu día visitas a los muertos en este lugar tan solemne?. (Canto XI).

Pero allí me encontraba yo, en los infiernos del inconsciente, encadenado como los de la caverna platónica.

Una vez caído en las garras de Freud es asunto embrollado y arduo librarse de ellas. ¿Descartes? puros embuste, trampa y fraude. Lo que aparece nítido y en sus puras carnes resulta ficticio y engañoso. La verdad luminosa no es más que una variable dependiente de los mecanismos del inconsciente sombrío. Ya, antes, los pensadores de la sospecha habían emprendido este viaje epistemológico: Fuerbach, Marx, Nietzsche y

finalmente Freud. Las cosas humanas no son como parecen. Aterrador, salvo para los imbéciles.

Sigmund Freud fue un esforzado y no producto del *dolce far niente*. Nació el 6 de mayo de 1856 en Freiberg, Moravia, en el centro de la hasta hace poco Checoslovaquia. En la época la población pertenecía al imperio austrohúngaro. Su padre Jakob era judío. Concibió a Sigmund en sus segundas nupcias. Viudo, el padre, en 1852 se casó con Amalia Nathansohn, 17 años más joven que él. El padre se dedicaba al comercio de lanas. Había contado, Sigmund, tan sólo cuatro años cuando la familia se traslada a Viena residiendo en un distrito de amplia población judía.

El propio Sigmund asegura en *Ma vie et la Psychanalyse* —lo he leído en francés en Éditions Gallimard—:

Siempre fui en el liceo el primero de clase durante los siete años de estudios.

Le gustó durante la adolescencia recorrer bosques y subir montañas. Era serio y cumplidor; tanto su padre como su madre estaban orgullosos de él. Confiaba en sí mismo; era, pues, altanero. El estilo claro, nítido, contundente y demostrativo de su producción escrita revela este talante. A los 17 años obtuvo el título de bachiller.

La condición judía de su progenitor no se tradujo jamás en prácticas religiosas ni del padre ni tampoco del hijo. Nunca fue creyente, pero como no era estólido o necio leyó la Biblia de manera asidua.

En el otoño de 1873 ingresa en la Universidad de Viena. Ya leía perfectamente el latín, el griego, el hebreo y escribía en francés y en inglés. Se atrevía a redactar cartas en italiano y en castellano. ¡Pobres políticos nuestros, tan cortitos ellos!. ¿Perversos? todos somos malos salvo algún que otro tonto que se esfuerza en ser bueno. Quedó inscrito en la Facultad de Medicina. Se familiarizó con el espíritu de rigor propio de las *Naturwissenschaften* de inspiración fisicalista y con un cierto deje de darwinismo. Sus Profesores Brücke y Meynert le influyeron. Colocó al Psicoanálisis entre las Ciencias de la Naturaleza. Sus escritos psicoanalíticos a partir de 1877 dan fe de su interés por la histología y por la neurología. Recibe el título de Medicina en 1881 con la calificación de *excelente*. Con todo, curiosamente, llama la atención que hubiera seguido en 1875 un curso del filósofo Franz Brentano sobre la lógica de Aristóteles.

Se casó en 1886. De la mano de Joseph Breuer —1842-1925— polariza sus estudios psicológicos en la histeria. Fue en 1885 cuando obtuvo una beca que le permite

en octubre trasladarse a París donde trabajará con Charcot hasta el mes de febrero de 1886 en el centro psicoterapéutico de la Salpêtrière iniciándose en la neurología. Freud admira el uso que hace Charcot de la hipnosis a fin de curar ciertas enfermedades mentales como la histeria; la hipnosis tanto sirve para la terapia como igualmente para provocar los síntomas histéricos.

En el año 1900 Sigmund publica *Traumdeutung, La interpretación de los sueños*, donde el ámbito de lo inconsciente queda afirmado con rotundidad; el *Complejo de Edipo* —mezcla de sentimientos tiernos hacia la madre y de sentimientos hostiles en dirección al padre— vive de pleno en la *inconsciencia*. El psicoanálisis —término que utiliza por primera vez en 1896— es según Freud un procedimiento de investigación de los procesos psíquicos inconscientes, aquellos que ni están verbalizados ni son tampoco verbalizables. Viaje, pues, al Aqueronte de la *Odisea*, hacia el mundo subterráneo de nuestros infiernos personales. Nos encontramos delante de la *Tiefenpsychologie, Psicología de las profundidades*.

En 1904 viajó a Grecia. Nuestros políticos aseguran que el griego no sirve para nada y uno se pregunta: ¿para qué sirve un político?

El estudio de las formaciones inconscientes señala que éstas quedan ordenadas en torno al *Verdrängung*, a la represión, operación merced a la cual el sujeto procura reprimir o mantener en el inconsciente representaciones que andan vinculadas a un instinto.

El libro *Totem und Tabu* —1913— da un paso más y manifiesta que la teoría de las neurosis, desbordando el ámbito individual, puede aclarar los mismos fundamentos del vínculo social. El *asesinato del padre* constituye el puente entre el síntoma individual y el momento social del inconsciente, el cual pasa a ser ya el inconsciente colectivo. Cada paso de Freud nos tiene más atrapados.

En los años 1920, particularmente con *Jenseits des Lustprinzips, Más allá del principio de placer* —1920—, Freud introduce el *Instinto de muerte* —*Todestriebe*— en su metapsicología, instinto que sacude violentamente el sacrosanto *Principio de placer* entronizado en 1911.

En 1923 le diagnostican cáncer de mandíbula sufriendo la primera de una serie de 33 operaciones.

Unbehagen in der Kultur —*Malestar en la cultura*—, de 1930, es una obra en que el psicoanálisis quiere hacerse cargo no sólo ya del individuo, sino de la psicología colectiva sin pretender, no obstante, montar una *Weltanschauung* propia.

Recibió a Rabindranath Tagore, a Thomas Mann, a Lévi-Bruhl, a Salvador Dalí... Se carteo con Albert Einstein —1936—, con Romain Rolland, con Virginia Woolf, con Stefan Zweig, con Lou Salomé...

Freud leyó a Platón, a Kant, a Schopenhauer, a Nietzsche... Su revolución filosófica tuvo lugar en el terreno epistemológico. Y ahí es donde me ha dolido. Copérnico había cambiado el lugar del ser humano en el universo: el hombre dejó de ser el centro. Darwin colocó al hombre en el interior de la cadena de los seres vivos: uno más y no el exclusivo y exclusivista. Freud ha convencido al *ánthropos* de que no es el señor de su casa: el yo está sometido al inconsciente. El sujeto cartesiano queda partido entre el *saber-de-sí* y el impulso de este otro oscuro no controlable: das *Unbewunte*, lo inconsciente. La verdad ha dejado de ser transparencia convirtiéndose en fraude, trampa, estafa, ilusión. Sencillamente pavoroso para el afán de certidumbre. Mi yo quedó obsesionado por mi propio inconsciente.

A finales de mayo de 1933 se queman en Berlín y en público los libros de Freud por decisión del nazismo de Hitler quien había alcanzado el poder el día 30 de enero de 1933. También católicos y comunistas han reducido a cenizas los escritos que no les caían bien. ¡Nada peor que ser dueño de La Verdad!

El día 11 de marzo de 1938 Hitler invade Austria. Freud se halla en peligro. Roosevelt, Presidente de EE.UU., y el propio Mussolini intervienen para que Freud pueda abandonar Viena. El día 5 de mayo de 1938 Sigmund, su esposa Marta y su hija Ana abandonan la capital de Austria acogiéndolos la ciudad de Londres. El cáncer de mandíbula había progresado obstinadamente. Sufrimiento indescriptible. Le dice a su médico Schur: *El resto es silencio*. Morfina. Lanzó, Sigmund, un suspiro de alivio. Moría el día 23 de septiembre de 1939 poco antes de medianoche. Stefan Zweig pronunció una oración fúnebre. Enterrado en Londres.

La medicina psicosomática me acercó al pensamiento de Freud. Tuve contacto con esta modalidad médica en 1966 en la casa que los jesuitas poseen en Sant Cugat. Estaban presentes en la sesión Ramon Sarró, Xoan Rof Carballo e igualmente Karl Rahner i Johann Baptist Metz; en un momento dado se enfrentaron con violencia dialéctica los dos médicos acerca de cómo interpretar los escritos de Freud. De aquel debate desaforado saqué la importancia de la *sarx* en el conocimiento del fenómeno humano. Ramon y Xoan se desafiaron intelectualmente. En el segundo plano quedó el pensamiento de Freud.

Pocos años antes había visitado atentamente Epidauros, o Epidauro, en el noreste del Peloponeso. Santuario dedicado a Asclepios, dios de la medicina, el Esculapio romano. Esta divinidad tuvo la osadía de resucitar muertos. Zeus se indignó ante tal desorden natural y lo fulminó. Desde el siglo VI a.C. se practicó allí una terapia médica de modelo psicosomático enfrentada con la medicina de Hippokratés de Cos que defendía una teoría y una práctica terapéuticas basadas en la observación clínica, un cierto positivismo *avant la lettre*. Con la medicina psicosomática de Rof Carballo me resultó más holgado hacerme con el psicoanálisis de Freud.

A mí me ha impactado particularmente el primer Freud, el de la primera tópica, el anterior a 1920, previo al *Más allá del principio de placer*.

Mis alumnos universitarios me asaltaban interesándose por cómo introducirse en la obra de Freud. Les señalaba que lo más prudente era comenzar con *Cinco disertaciones sobre el Psicoanálisis* —1910— del propio Sigmund. ¿Qué mejor?

El inconsciente no es una hipótesis filosófica, sino un descubrimiento empírico. Aquí reside lo grave del asunto. El yo experimentable pasa a ser ficción. Ya no resulta posible que una *Vorstellung*, una representación subjetiva, disfrute de validez objetiva. Descartes dudó de la validez de la cosa; con Freud nos hemos puesto a dudar de la validez de la conciencia. La conciencia es algo evidente —Descartes—; en cambio, el sentido de la conciencia se convierte en asunto dudoso —Marx, Nietzsche, Freud—. La conciencia deja de ser el lugar del sentido a pesar de que todo sentido o significación sea para una conciencia. Ahora bien; ¿por ventura contaríamos con conciencia si no hubiera resistencias?. La misma conciencia queda reducida: deja de ser el *ego cogito* y se muda en objeto del deseo oscuro. Antes de referirnos a *sujeto* y a *objeto* es necesario mirar al *Trieb*, al instinto; sujeto y objeto son fenómenos derivados.

Después de habernos enterado que no somos ni señores del cosmos ni tampoco señores de los seres vivos, ahora Freud nos comunica que en manera alguna somos los dueños de nuestra psique. La vida psíquica humana ha pasado a ser el lugar del conflicto entre la conciencia y el inconsciente.

Ya advertí que *de facto* me sentí más amedrentado por la primera tópica freudiana —la segunda no aparece hasta 1923—. La primera intelige al aparato psíquico en tres sistemas: el *inconsciente* —constituido por contenidos reprimidos por la censura, contenidos que representan a los instintos—, el *preconsciente* —estrato donde se hallan contenidos que pueden pasar a la conciencia con un esfuerzo del sujeto— y el *consciente* —sistema periférico del aparato psíquico en que nos apercebimos de los

contenidos—. Esfera, en consecuencia, de aquello que no está verbalizado y ni es verbalizable; esfera de lo verbalizable y, por último, esfera de lo verbalizado.

Frente al animal racional de Platón nos hallamos con que ahora el *ánthropos* se muda en animal de una sexualidad inconsciente enérgica que censuramos avergonzados. El poderoso inconsciente está constituido por la esfera de lo reprimido. Nuestro inconsciente es nuestro psiquismo. Freud entendió al *Hamlet* de Shakespeare como el personaje que no supo superar adecuadamente su represión viviendo en duda perpetua entre lo real y lo soñado: no llega a actuar vengando la muerte de su padre. En el inconsciente lo quería muerto deseando, en cambio, a su madre.

Los procesos del inconsciente son los mismos en las neurosis, en los sueños y en los actos fallidos. *El Principio de placer* rige al inconsciente, pero así no podemos vivir; es preciso censurar dicho *Principio* aunque no suprimirlo dado que es la fuente de nuestra energía psíquica. De lo que se trata es de utilizarlo en provecho del *Principio de realidad*. El ámbito de la conciencia no es más que el residuo del conflicto entre el deseo inconfesable y la realidad en la cual tenemos que despacharnos.

No ha dejado de llamarme la atención que el gran ilustrado alemán Immanuel Kant sostenga en *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht* —1798—:

En el ser humano el campo más vasto es el de las representaciones oscuras.

En esto seguía al también racionalista Leibniz quien en *Nuevos Ensayos sobre el entendimiento humano* —1704, publicado en 1765—, concretamente en el Prefacio, sostiene contra Descartes que si bien es verdad que el alma piensa sin reposo no siempre es consciente de sus pensamientos.

Hemos privilegiado a la conciencia —*suneidesis* en griego, *conscientia* en latín, *Gewissen* en alemán, *conscience* en inglés, *consapevolezza* en italiano—, pero jamás se ha perdido de vista al mundo turbio de lo inconsciente. La cuestión está en que Freud da la prerrogativa al inconsciente. La conciencia es algo derivado según él. En cambio, la tradición es otra.

Pablo de Tarso —15-68— en carta a los *santos* de Roma valora a la conciencia:

Los paganos muestran que llevan escrito, dentro, el contenido de la Ley cuando la conciencia aporta su testimonio. (Romanos, 2, 15).

(summarturoses auton tes suneideseos)

Quintiliano —Marcus Fabius Quintilianus, 30-100— escribe:

La conciencia es como mil testigos; vale más que todos los testimonios exteriores.

(Conscientia mille testes).

Y Martin Luther —1483-1546— delante de la Dieta de Worms, en 1521, defiende la primordialidad de la *Gewissen* —conciencia— frente a la Iglesia de Roma:

No puedo ni quiero abjurar de mi convencimiento puesto que ni es algo seguro ni tampoco honesto actuar contra la propia conciencia.

Sigmund Freud rompe una tradición multiseular en la que yo me hallaba instalado. El inconsciente, asegura, anda atado a la represión. Somos unos reprimidos. ¿La cultura humana? fruto de coerción: Las bestias son animales libres, naturalmente libres; los seres humanos, en cambio, somos bestias domadas que producen cultura a causa de la represión en que viven y a fin de compensar tanta censura. ¿Qué reprimimos? una experiencia sexual que ha tenido lugar en la primera infancia, antes de la pubertad. Freud *dixit*.

Y ¿cómo Sigmund tiene el atrevimiento de proferir tamañas cosas? a base de leer los sueños que soñamos cada noche. Todo sueño está atravesado por un sentido o significado. Dicho sentido es una intención; es decir, un deseo reprimido. Todo sueño es la realización ilusoria, disfrazada, de un deseo cohibido. Leer en los sueños es acceder al conocimiento de los mecanismos que rigen nuestro inconsciente.

Traumdeutung —1900— es la obra de Freud que más me ha trastornado e incluso estremecido. Más de 600 páginas para viajar a los infiernos de cada uno. Dante no llegó a tanto y tampoco Homero ni Virgilio. La interpretación del sueño constituye el camino real para alcanzar la noche, el inconsciente. En el capítulo III de este libro Freud sostiene que:

El sueño es la realización disfrazada de un deseo inconfesable y, por tanto, reprimido.

Un sueño, en consecuencia, se convierte en acertijo o jeroglífico. Le falta gramática o estructura. Los procesos inconscientes se vuelven cognoscibles bajo los estados de sueño y también de neurosis. Freud llega a esta tesis porque su *Weltanschauung* científica reposaba sobre el principio de causalidad universal.

En todo sueño descubrimos un contenido manifiesto —el relato falto de gramática y de estructura— que arrastra como puede al *contenido latente* o deseo censurado. Ambito de la simbólica. Interpretar un sueño consiste en pasar de un texto onírico —lenguaje del sueño— a otro texto cuyo lenguaje recoge a un deseo reprimido. El psicoanálisis se ciñe a esta hermenéutica lingüística. Sueños, psicopatología y hasta la misma cultura constituyen los puntos de arranque para acceder al inconsciente humano. ¿Y el alma humana? una fábula griega. ¡Cuántas cosas se me han hundido!

La represión no suprime a la *Vorstellung* o representación; se limita a no permitir que llegue a la conciencia. El inconsciente está regido por el placer y no por la realidad; el deseo inconfesable, por tanto, queda censurado en su naturalidad pero se le permite llegar, una vez disfrazado, a la conciencia. Al fin y al cabo el lenguaje se manifiesta muy plástico: matemáticas, arte, física, mitos... Permite también enmascarar, disimular.

La interpretación del sueño viene requerida porque en él se da un exceso de sentidos: hay dos. El patente tiene que desenmascarar al segundo sentido, al que se halla disimulado. Los capítulos del libro *Traumdeutung* que me resultaron más significativos fueron el VI y el VII. Los nombres —desprovistos de referencia al tiempo— y los verbos —hundidos en el decurso temporal— construyen el relato manifiesto. Este, lingüísticamente estructurado, pasa a ser indicio de un *Trieb*, de un instinto, que se presenta a través de una *Vorstellung*, de una representación.

La simbólica —el lenguaje constituye el primer paquete de símbolos— da sentido a la realidad. El símbolo; es decir, la cultura, configura la mediación entre conciencia y realidad. Jamás tenemos contacto con lo real en sí. Lo real se nos entrega simbolizado. Pues bien; el sueño tiene un sentido que se halla oculto y que no es otra cosa que un deseo reprimido. Es necesario descifrar el relato onírico para poder leer el deseo censurado. Esta es una labor hermenéutica mayúscula. Del relato patente y alocado del sueño hasta el deseo infantil y sexual ahogado en el inconsciente.

La pretendida racionalidad de la especie humana no va más allá de ser trampa y embuste. Lo de bulto no es otra cosa que el *Complejo de Edipo* que Freud describe en

siete páginas —de la 503 a la 509— del capítulo V de *La Interpretación de los sueños* —*Obras Completas* de Sigmund Freud, Biblioteca Nueva; Tomo II—.

La primera elección de objeto del niño —no de la niña— cae en su madre, lo cual le lleva a un conflicto directo con su padre —*Prohibición del incesto* por parte de éste—. El niño se siente amenazado por el progenitor. Como en el drama de Sófocles titulado *Oidipous tyrannos* —*Edipo rey*— el hijo está destinado a dar muerte a su padre —*Asesinato del padre* según Freud— y a casarse con su madre. La sexualidad del niño se convierte en desgracia que hay que ocultar. Escribe Freud:

Vivimos en la ignorancia de aquellos deseos inmorales que la Naturaleza nos ha impuesto y al descubrirlos quisiéramos apartar la vista de las escenas de nuestra infancia.

El *Hamlet* shakesperiano, según Freud, vive del *Complejo de Edipo* reprimido. Nunca vengaba la muerte de su padre. Ya estaba, bien, éste, como cadáver.

El *Complejo de Edipo* en cada individuo es un hecho psíquico y origina neurosis y relatos oníricos; el mismo *Complejo* en la humanidad se ha traducido en fuente de moral y en origen de cultura.

Hasta aquí no he hecho otra cosa que indicar el impacto que los escritos de Freud han producido en mi clásica formación tanto antropológica como epistemológica. Lo de padre y muy señor mío no es el *logos*, la *ratio*, sino el *pathos*, la *passio*. Lo primordial no es la luz, sino la oscuridad.

La lectura de Freud, empero, me perturbó en otro terreno: Dios ¿qué hay de él?. Éste no es únicamente un tema religioso; lo es también epistemológico. De no haber Absoluto, todo es relativo. Además, *si no hay Dios, todo está permitido*, que gritó Dostoievski en *Bratia Karamazovy* —*Hermanos Karamazov*—. Un constante de mis desasosiegos la ha constituido si podemos, o no, contar con algo, mejor Alguien, que nos tranquilice absolutamente y de una vez por todas.

Dios para poner manos a la obra es un significante, es la palabra castellana *dios*, que en otras lenguas será: *déu* —en el idioma catalán—, *theos* —griego—, *El, Eloah, Elohim* —hebreo—, *deus* —latín—, *Gott* —alemán—, *god* —inglés—, *Allah* —árabe—, *jainko, jinko, Jaungoikoa* —vasco—, *jumala* —finlandés—, *isten* —húngaro—, *dio* —italiano—, *deus* —portugués—, *bog* —ruso—... etc. etc. La etimología de tales significantes lingüísticos no resulta faena hacedera; algunos especialistas señalan, para

algunos casos, hacia la cumbre de los montes. Nada seguro, sin embargo. Ahora bien, aquello que cautiva a mi paladar sin duda es el significado de dichos significantes. ¿Qué se entiende y qué se ha entendido por cada uno de estos vocablos?. El significado de las palabras pende y depende de la historia social de los pueblos.

El tema *dios* de entrada queda planteado como asunto lingüístico. ¿Qué hay que entender con tal término?, ¿qué significa *dios* para un Profesor de Teología de la Universidad Gregoriana de Roma y qué para un pobrete que ni supera el dominio de mil palabras del lenguaje coloquial y menos aún puede salirse de la cárcel de los lenguajes concretos?

¿Existe Dios? al pronto se me ocurre que como no se definan los significantes *existir* y *dios* —cosa nada cómoda por cierto— cualquier discurso sobre la materia es vulgar blablablá de café de pueblo o charlatanería de *facebook*.

Pero lo de bulto y aquello que me hechiza es saber si alguna realidad está encubierta bajo los símbolos fonéticos y gráficos de *dios*; es decir, si algún referente lingüístico queda apuntado por el “significante-significado” *dios*.

Mi formación religiosa —católica para el caso— se inició en la familia, siguió en la catequesis parroquial, continuó con los estudios primarios, secundarios y universitarios para concluir con la enseñanza especializada de Teología y de Biblia que en los años 40 del siglo pasado recibí en los Centros de Estudios Superiores que los escolapios del Estado Español tenían entonces en Navarra y en Logroño.

El dios que me quedó configurado fue el del católico culto de la postguerra civil española. Estimo que entonces dominaba ya unas 1.600 palabras coloquiales y además algunos lenguajes especializados aunque, esto sí, controlados solamente en aspectos reducidos.

La filosofía estudiada me perfiló semánticamente el vocablo *dios*, el cual cuando lo pronunciaba mi madre había despertado únicamente ecos emocionales, de confianza y en ocasiones de miedo.

Platón en *República* (382, d) sostiene:

No puede hallarse en Dios un poeta mentiroso.

Bondad y omnisciencia divinas, en consecuencia. Pitágoras se había referido al *aidios theos*, al dios eterno. Aristóteles insistió en esta característica divina presentando

al Primer Motor: *ananké einai hen Kai aidion to proton Kinoun* (Física VIII, 1-2), “el Primer Motor es necesariamente uno y eterno”.

Entre *Historia de la Filosofía* e *Historia de la Teología* mis estudios iban depositando el significado semántico del término *Dios, Deus*. Particularmente San Agustín, cuyas *Confessiones* en latín leí muy pronto, fue el autor que no sólo dio significado al vocablo *Deus*, sino que encima acarició con emociones dicha significación; los capítulos del X al XV, del Libro VII, fueron decisivos:

Qui novit veritatem, novit lucem incommutabilem, et qui novit eam, novit aeternitatem... O aeterna veritas !... Tu es, Deus meus, tibi suspiro die ac nocte.

Si non manebo in Deo, nec in me potero. Deus autem in se manens innovat omnia.

Posteaquam fovisti caput nescientis et clausisti oculos meos, ne viderent vanitatem...

Consopita est insania mea; et evigilavi in te et vidi te infinitum...

Tu, qui solus aeternus es...

En un plano intelectualista debo confesar que me afectó el *Proslogion* de Anselmo de Canterbury en su capítulo II; *Deus*:

aliquid quo nihil majus cogitari potest.

Pero sin lugar a dudas fue Tomás de Aquino con su exigente *Summa theologiae*, redactada entre 1266 y 1272, quien más elaboró mi significado del vocablo Dios. Trabajé el texto con la edición latina de la BAC. Lo analicé en la Universitat de Barcelona con el Profesor Jaume Bofill y en parte también con el Profesor Ramon Roquer. La *Prima Pars* de la *Summa* en cuestión es la pertinente. Las *Quaestiones* que abordé con detenimiento fueron desde la II hasta la XI: Dios es uno, simple, perfecto, bueno, infinito, inmutable, eterno, omnisciente, feliz.

Los estudios bíblicos que llevé a cabo con el texto hebreo y de la mano del Profesor Miguel Balaguer, formado en el Instituto bíblico de Roma, fueron decisivos para conceptualizar a YHWH, al *Kyrios* o *Dominus*. El Dios sinaítico —el del *Exodo*— se halla en la base de las religiones monoteístas —judaísmo, cristianismo e islam—. Es un Dios personal y radicalmente distinto del mundo. Los otros dioses son cosa diferente.

La memoria oral de Israel se remonta hasta el siglo IX a.C. mientras que la memoria escrita se inicia en el año 587 a.C. con los escribas que habían sido deportados a Babilonia por Nabucodonosor. La *Torah* —*Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio*— constituye el núcleo duro de la literatura hebraica. Cirus II tomó Babilonia en el año 539 a.C. dando libertad a los judíos allí deportados; los escribas redactan entonces el texto bíblico definitivo —la *Torah*—.

¿Cuál es el nombre hebreo de quien nosotros denominamos *Dios*?:

Bendito sea Abrán del dios Elyon, creador de cielo y tierra (Génesis, 14, 19).

Abraham plantó un tamarisco en Beer-Sheva e invocó el nombre Yhwh El-Olam (Génesis 21, 33) —“Señor Dios Eterno” —.

Donde, empero, el nombre judío de Dios queda en sus puras carnes es en *Éxodo* donde se dice:

Si ellos me preguntan cómo se llama el que te envía, ¿qué les respondo?.

Dios dijo a Moisés:

—“*Ehyeh asher ehyeh*”, “yo seré: yo soy”.

Esto dirás a los hijos de Israel: “Yo soy” me envía a vosotros. (Éxodo, 13, 14-15).

El verbo HYY significó *hacer existir*. *Ehyeh asher ehyeh* podría traducirse: *soy aquél que soy* o bien: *seré el que seré*. El verbo *ser* aquí significa: “ser con”.

El —*Elohim, Eloah*— designó a la divinidad entre los pueblos semitas vecinos de Israel. El nombre propio del Dios de Israel es *Yhwhé* que se halla asociado al nombre común *elohim*. Los judíos no pronunciaban el nombre *Yhwh* porque *Éxodo* (20, 7) lo prohíbe. Se servían de *Adonai*, el Eterno, para ello. De todas formas en la palabra *Allelu-yah* —“Alabad a Yah”— encontramos una fórmula abreviada de *Yhwhé*. Sea como sea, en el *Deuteronomio* (6, 4-9) se lee:

Escucha Israel:

Único es Yhwh, Yhwh nuestro Dios.

Y tú amarás a Yhwh, tu Dios, con tu corazón entero, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Agustín de Tagaste comentó ya el versículo del *Éxodo* oponiendo *ipsum esse* — Dios— y el simple *esse* —lo restante—. Lo propio hizo Tomás de Aquino al definir a Dios como *ipsum esse per se subsistens* en la *Summa Theologiae*.

Dios es el Ser Mismo. Xavier Zubiri (1898-1983) con su habitual agudeza escribió al particular en *Naturaleza, Historia, Dios*:

Toda posibilidad de entender a Dios depende de la posibilidad de alojarlo en el “es”.

De ahí que sea un grave problema la posibilidad de encontrar algún sentido del “es” para Dios.

Inteligir la palabra *Dios* como el *Ser Máximo*, según muchos han entendido el texto anteriormente traído del *Éxodo*, ha comportado a lo largo de la historia del pensamiento cristiano no pocas afirmaciones atrevidas:

Dios es la nada por excelencia —Escoto Eriugena—.

Dios no es ser —Mario Victorino—.

Dios es una nada —Eckhart—.

La realidad divina es anterior al ente —Cayetano—.

Los propios místicos sean renanos —Eckhart, Ruysbroek, siglos XIII y XIV—, castellanos —Juan de la Cruz, Teresa de Avila, siglo XVI— o bien catalanes —Ramon Llull, siglo XIII-XIV— se ponen en contacto directo con la Divinidad, con el Ser Absoluto, a base de aniquilarse y deshacerse, ellos, del ser en que consisten. *Sich vernihten, La Noche Oscura de la Subida del Monte Carmelo, Libre de amic e amat*. Dios y Nada. Nada y Dios.

La encarnación de Dios es ya asunto del cristianismo; no de las otras dos religiones monoteístas. En mis años de estudios bíblicos estudié con cierta seriedad — con el Profesor Miquel Balaguer— tan sólo el Evangelio de Lucas y lo llevé a cabo en lengua griega. El Concilio que tuvo lugar en la ciudad de Nicea —Iznik en la Turquía actual— en el año 325 y convocado por el emperador Constantino a fin de acabar con los problemas que arrastraba consigo el arrianismo —el Hijo de la Trinidad Divina no tenía la misma naturaleza que el Padre; no era, pues, Dios— acabó definiendo que *Jesús*

era el Verbo Encarnado, consubstancial al Padre, Dios verdadero y verdadero hombre. La rotura con el judaísmo no sólo quedaba manifiesta; además pasaba a ser irreversible. Los concilios de Constantinopla (381), de Éfeso (431) y de Calcedonia (451) cerraron la doctrina común a todos los grupos cristianos. El cristianismo, de secta tolerada por el judaísmo, poco a poco pasó a ser una religión autónoma que se desplegó primero en las zonas de la diáspora judía y del mundo greco-romano. Con el emperador Teodosio (379-395) el cristianismo se convierte en la religión oficial del Imperio.

La cultura griega no casa con la cultura latina. En el año 1054 se consuma la rotura entre el cristianismo de Roma y el de Constantinopla. Nacen así el cristianismo católico y el ortodoxo. En 1453 el imperio romano de Oriente o imperio bizantino cae en manos de los turcos y el cristianismo ortodoxo se refugia en la cultura eslava: el centro pasa a ser Moscú. La cultura latina no dice ni con la germánica ni tampoco con la anglosajona: aparecen de esta guisa los cristianismos católico, protestante y anglosajón —anglicanismo—.

He padecido de voracidad de libros. Los estudios universitarios filosóficos por otra parte me inclinaban ya a la curiosidad por descontento de lo ya sabido.

¿La fe resulta compatible con la razón?. Pablo de Tarso advirtió en la primera carta que envió a los creyentes de la ciudad griega de Corinto que:

Mis discursos y mi mensaje no usaban argumentos hábiles y persuasivos, la demostración consistía en la fuerza del Espíritu, para que vuestra fe no se basara en saber humano, sino en la fuerza de Dios. (I Corintios, 2, 1-2).

He tenido la impresión que la sola fe no deja de ser un elemental fenómeno psíquico emocional carente de luz. En esta dirección me impactó en su día unas líneas de Charles Baudelaire en *Fusées*; escribió:

Dieu est le seul être qui, pour régner, n'ait même pas besoin d'exister.

Dios existe o bien *Dios no existe* son enunciados que nada dicen de un posible Dios; se ciñen a contarnos sentimientos de aquella persona que así se expresa. Esto y no otra cosa sostiene Agustín de Tagaste en *De Civitate Dei*:

Deum quem cogitare non possunt, sed se ipsos..., nec illi, sed sibi comparant.

Pero cuando pretendemos referirnos racionalmente a Dios nos salen forzosamente ocurrencias del estilo de Nikolaus Krebs (1401-1464) o Nicolás de Cusa en su obra *De docta ignorantia*:

Como Dios es todas las cosas, es absolutamente nada.

Blaise Pascal (1623-1662) en *Pensées* al intentar enfocar racionalmente el tema de Dios escribe:

Si'l y a un Dieu, il est infiniment incompréhensible, puisque, n'ayant ni parties ni bornes, il n'a nul rapport à nous.

Pero el caso más ilustrativo de la racionalización del tema *Dios* lo tenemos en la *Kritik der reinen Vernunft* (1781) de Immanuel Kant donde muestra la imposibilidad de toda prueba sea *a priori* o bien *a posteriori* de la existencia de Dios. Acusa a los demostradores de confundir un predicado lógico con un predicado real. De hecho Kant lleva a cabo una reducción antropocéntrica de lo divino al decir que Dios es una Idea pura de la razón, Idea que ésta necesita a fin funcionar. El ser humano se convierte en la medida de Dios. Con esto Kant sostiene que Dios es un valor producido por el propio hombre, crimen que conducirá a la muerte de Dios en Nietzsche, Heidegger, Karl Barth...

En este plano se mueve el libro *Das Wesen des Christenthums* (1841) de Feuerbach donde se afirma que la esencia de Dios no es otra cosa que la esencia del ser humano. *El hombre es el original de su ídolo*. Nietzsche tanto en *Die fröhliche Wissenschaft* (1882) como en *Also sprach Zarathoustra* (1885) y en *Janseits von Gut und Böse* (1886) anuncia la defunción de Dios; la muerte del Dios monoteísta no es más que la muerte de un ídolo, de la imagen elaborada por el esclavo:

Por fin el horizonte parece libre y aunque no esté del todo limpio nuestras embarcaciones pueden de nuevo recorrer los mares. (La Gaya Ciencia, 343).

¿Qué hay entonces de los valores para Nietzsche? éstos no son otra cosa que una evaluación de nuestra voluntad de poder.

Llegamos tarde para los dioses, ha dicho Heidegger, *aunque es demasiado pronto para el Ser*. Por otra parte, este mismo pensador alemán en *Nietzsche I* sostiene:

Un Dios que tuviera que hacerse probar su existencia sería un Dios muy poco divino.

¿Qué es para Heidegger Lo Divino —*Göttliche*—, lo sagrado por excelencia? una realidad que no se deja pensar ni por una configuración onto-teológica ni por una religión por muy revelada que ésta se diga. Lo Divino no es ente ni tampoco es el Ser. El problema no reside en si Dios puede ser, sino en saber ni el Ser es capaz de Dios.

Por otra parte, no puede amarse a un Dios demostrado. Las pruebas de su existencia son puras blasfemias, asegura Heidegger —*Nietzsche I*— en la línea de Pascal quien distinguió entre el Dios de los filósofos y el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Sobre este extremo Heidegger concreta su pensamiento en *Questions I, Identité et différence* —lo he leído en francés: Ed. Gallimard—:

“Causa sui”. Tel est le nom qui convient à Dieu dans la philosophie. Ce Dieu, l’homme ne peut ni le prier ni lui sacrifier. Il ne peut, devant la “Causa sui”, ni tomber à genoux plein de crainte, ni jouer des instruments, chanter et danser.

Ainsi la pensée sans-dieu... est peut-être plus près du Dieu divin.

Por tanto no se extraña, Heidegger, de la *Entgötterung* —desdivinización— característica de nuestros tiempos. Popper ha subrayado que la proposición que habla tanto de la existencia como de la inexistencia de Dios es infalsable, ni verdadera ni falsa. Simplemente faltada de sentido. Con estos planteamientos recientes podemos decir que Dios está dando señales de su inexistencia o, acaso, de su impotencia. Personalmente nada me cuenta, que sea serio, que las masas crean o dejen de creer en Dios; éste es asunto hormonal. Allá ellas. Los paganos actuales se han inclinado a favor del *divino Ulises* marginando al Dios que pronuncia la Verdad.

Con este largo camino con el que se me ha concretado el significado del vocablo *Dios*, con las repercusiones emocionales respectivas, llegué al convencimiento de que el tema de lo religioso es el elemento primordial de una *Weltgeschichte*, de una historia mundial de las culturas. La idea de Dios es un dato cultural que se despliega en el tiempo humano en diversas figuras. La historia de la conciencia antropológica de Dios

coincide con la historia del mismo Dios. No obstante, no deja de ser misterioso que la experiencia religiosa no sea otra cosa que una búsqueda jamás concluida de Lo Absoluto, del Misterio.

Estimo que las obras de Freud que abordan específicamente el tema religioso son cuatro: *Totem und Tabu* (1913), *Die Zukunft einer Illusion* (1927), *Umbehaven in der Kultur* (1930) y *Der Mann Moses und die Monotheistische Religion* (1939). Todas se enmarcan en la teoría general freudiana.

Con *Totem y tabú* la psicología de las profundidades y la psicología de las neurosis intentan hacerse cargo tanto de la mitología como de la cultura en general. El subtítulo del libro resulta relevante: *Algunos aspectos comunes entre la vida mental del hombre primitivo y los neuróticos*. El totem manifiesta la relación del primitivo con la prohibición. Freud analiza datos etnológicos y psicoanalíticos a fin de descubrir las relaciones mutuas; así, busca las correspondencias entre totem y prohibición del incesto. El animal totémico sería el padre: hipótesis del *asesinato del padre*.

El porvenir de una ilusión pone de manifiesto el núcleo de toda forma religiosa: la figura del padre y la necesidad de protección señalan la angustia y el desamparo que dan origen a la necesidad religiosa.

Malestar en la cultura o, mejor, en la civilización —el *Kultur* alemán es la “civilización” —, deja al desnudo que ésta constituye el ámbito donde actividades e instituciones protegen al ser humano contra la naturaleza y contra la agresividad —*Todestriebe*— que vertebra a las relaciones humanas. Toda religión es forma cultural.

El planteamiento que hace San Pablo del fenómeno religioso —*pecado original* y *redención*; o sea deuda y satisfacción— da pie según Freud en *El hombre Moisés y la religión monoteísta* a hacerse cargo de la religión. La elaboración de la Ley mosaica —*Torah*— muestra el deseo del padre —*Vatersehnsucht*— a quien se ha querido asesinar.

Relación entre complejo paternal y creencia en Dios; el Dios personal substituye al padre. El hecho religioso deja de ser algo privado pasando a ser una ilusión pública. Se da analogía entre religión —neurosis universal— y neurosis —religión privada—, entre religión y sueños o vida onírica. El *Homo religiosus* es neurótico. El *Complejo de Edipo* da cuenta tanto de la moral interiorizando idealmente a la autoridad imperativa paterna como igualmente explica a la religión entendiéndola como ideal proyectado —ilusión— de la autoridad indicativa del progenitor. No basta ya el *Edipo* individual quedando postulado un *Edipo* para la especie humana. Con la religión damos satisfacción ilusoriamente al deseo primordial no realizado.

La religión en cuanto que ésta consuela se corresponde con el contenido manifiesto del sueño; en cambio, en lo que tiene de nostalgia del padre, a quien se quiso suprimir, la religión atañe al contenido latente del sueño. El ser humano tanto cae en neurosis como en religión; Freud asegura que ésta constituye una modalidad de aquélla. Las ideas religiosas, los dogmas por ejemplo, son ilusiones que pretenden realizar los deseos apremiantes de la humanidad.

Escribe en *El Porvenir de una ilusión*:

Las representaciones religiosas han nacido de la misma fuente que todas las demás conquistas de la cultura: de la necesidad de defenderse contra la abrumada prepotencia de la Naturaleza; necesidad a la que más tarde se añadió un segundo motivo: el impulso a corregir las penosas imperfecciones de la civilización.

Y también:

Las ideas religiosas... son ilusiones, realizaciones de los deseos más antiguos, intensos y apremiantes de la Humanidad. El secreto de su fuerza está en la fuerza de estos deseos.

Y también:

La ilusión es una creencia cuando aparece engendrada por el impulso a la satisfacción de un deseo prescindiendo de su relación con la realidad.

Y también:

La religión sería la neurosis obsesiva de la colectividad humana y, lo mismo que la del niño, provendría del Complejo de Edipo en la relación con el padre.

Y cita significativamente en este trabajo al poeta alemán Heinrich Heine (1797-1856):

El cielo lo abandonamos a los gorriones y a los ángeles.

Cuantas veces he meditado el inicio del *Génesis* me he confirmado en la hipótesis según la cual no hay cultura sin prohibición y, por consiguiente, sin pecado. La religión es hecho cultural.

Yhwh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, visión apetitosa y alimento delicioso.

En mitad del jardín colocó al árbol de la vida y al árbol de la experiencia del bien y del mal... —Génesis, 2, 9—.

Yhwh Dios tomó al adam instalándolo en el jardín del Edén para que lo trabajara y lo guardara. Yhwh Dios mandó al adam:

—Come libremente de todos los árboles del jardín; no comas, empero, del árbol de la experiencia del bien y del mal. El día en que comas de él, te condenaré a muerte. —Génesis, 2, 15-17—.

Relato que explica simbólicamente el origen de la cultura; todo él arranca de experiencias inconscientes. Prohibición, falta o pecado, humanidad. Sufrimiento, religión.

Las prohibiciones más primitivas dan cuenta del fenómeno humano. Para exorcizar el asesinato del padre hay que divinizar a éste.

No contamos con una obra de Freud en la cual estudie de forma sistemática y global el fenómeno religioso, a la vez individual y colectivo. Sigmund nos ha dejado apuntes dispersos en torno al asunto; ahora bien, todos ellos encajan en su teoría general psicoanalítica lo cual permite reducir la religión, privada y pública, a problemas psíquicos objetivados en sociales que permiten tratamientos teóricos hermenéuticos.

Declaro que la interpretación que lleva a cabo Freud de la materia religiosa me dejó patas arriba y sin asidero. ¿Dios? ¿no-Dios?, argumento que no depende de la racionalidad, sino de mecanismos psíquicos viscerales, profundos, inconscientes. Padecí sin cuento pues me quedé sin agarradero vital efectivo.

Traté a Paul Ricoeur en varias ocasiones casi siempre en *Congresos Internacionales de Filosofía de habla francesa*. Incluso en la Universitat de Girona — *Cátedra Ferrater Mora*— disfruté un día de sus reflexiones maduras y circunspectas. Pues, bien; su libro *De l'interprétation, essai sur Freud* —Ed. du Seuil, Paris 1965— ha constituido un cierto bálsamo con sus 444 páginas sabias y a su vez cautelosas. No

tolero a los omniscientes: son diantres y demontres dañinos porque hablan con contundencia de aquello que ignoran o, a mucho estirar, sólo barruntan.

La ciencia, desde Galileo, no antes, estudia las condiciones de objetividad del mundo natural a base de obtener información. Con este enfoque científico no resulta posible hacerse con el *quid* específico de lo religioso; con tal abordaje pueden producirse tan solamente Historia de la religión, Historia de la cultura, Psicología de la religión, Neurología de la religión, Sociología de la religión e inclusive puede redactarse un tratado de Economía de la religión, pero al final se nos escapa la quidditas o quiddidad o esencia del hecho religioso. Y éste nada tiene que ver con que haya, o no, Dios. Freud quiere ser, precisamente, un científico y científico positivista.

Aparte el tratamiento científico riguroso contamos con la hermenéutica, la cual aborda las condiciones de posibilidad, del deseo de existir, a base de ser creadores. Además, considero que ni la misma historia —*Geschichte* en alemán, no *Historie*—, según creo, puede entenderse únicamente con los símbolos lógicos de la ciencia; la historia entraña un exceso de significación. La religión es más que escritura; es amplio conjunto simbólico que se nos coloca delante de la misma manera que lo hace un síntoma neurótico, un sueño, un mito, una obra de arte o una creencia colectiva. En tales casos es necesario considerar la riqueza significativa de tales fenómenos, de la cual carece, por ejemplo, la caída de los cuerpos en el vacío según descubrió Galileo en 1602.

Lo que más, empero, me ha tranquilizado es la doble significación que Ricoeur descubre en la actividad hermenéutica. Un enunciado lógico es o bien verdadero o bien falso encerrando un único sentido; no sucede así con la hermenéutica. Ésta trabaja con más de un sentido en los enunciados: éstos revelan o bien esconden. Freud labora con una hermenéutica reductora dominada por la necesidad; en cambio, es preciso reconocer que resulta posible otro tipo de hermenéutica la cual descubre lo posible —el cual *posible* señala hacia el Misterio—. Mientras la primera hermenéutica es reductora, esta segunda es amplificadora. Esta no constituye prueba de Dios, pero sí que se abre a lo otro, a lo misterioso. La hermenéutica de Freud desmitifica la simbólica, inteligida como mito; en cambio, la segunda hermenéutica se esfuerza en manifestar un sentido prometedor que lee, como posible, en la simbólica religiosa, en el texto, pongamos por caso, bíblico. El símbolo ¿es exclusivamente *vestigio* o, acaso, puede ser también *aurora* de significaciones nuevas?

Lo importante ciertamente es suprimir *ídolos* —ilusiones e ideologías—, pero igualmente de padre y señor mío es escuchar los *símbolos* —judíos o grecorromanos—. ¡Qué muera el ídolo a fin de que advenga el símbolo!

Entiendo a pesar de todo que el discurso de Freud disfruta de mayor consistencia mientras que el segundo padece anemia. El individuo, pieza de la Humanidad, vive desde su infancia con un deseo arcaico censurado, rechazado, lo cual se traduce en sueños, en fantasías oníricas, que realizan el deseo primitivo de manera fantasmal, ilusoria. Los recuerdos infantiles indestructibles pero rechazados se consuelan viviendo de sueños; uno diría que el *Makariotes*, la *Beatitudo*, la Felicidad que colma de una vez por todas es algo imposible, algo inalcanzable, en el plano de lo real.

Procuro consolarme con la Teología Negativa, una teología apofática —del griego *apaphatikós*— la cual considera la heterogeneidad total de Dios con respecto a nosotros. Dios es, en todo caso, realidad más allá del ser puesto que, al fin y al cabo, creó a éste. ¿Unión mística? pues, sí. Pero no es mi caso. Quizás una nada pletórica, anterior al ser, engendró a éste que inexorablemente es determinado y, por tanto, limitado. Sí al Pseudo-Dionisio (siglos V-VI) con sus *Nombres divinos*; sí al Maestro Eckhart (1260-1327) con su libro *Dios más allá de Dios*; no a la *Summa Theologiae* de Tomás de Aquino quien, sin pretenderlo, reduce el *No-Ser* a un *ser*. Incluso Nicolás de Cusa, o Kues, (1401-1464) me estimula superando la lógica del Principio de No-contradicción. Ya Platón (428-348 a.C.) advirtió en *Politeía è Peri dikaiou* o *República* que:

El Bien no es ser sino algo que se eleva más allá del ser en cuanto a dignidad y a potencia. (VI, 509 b).

Diré para finalizar esta doliente exposición que leí a René Girard, concretamente *La violence et le sacré* (1972) y *Des choses cachées depuis la fondation du monde* (1978), más tarde. No me convenció. Freud prosiguió intrigándome y me agujonea todavía con perdón de los adoradores del Barça.